

que había reemplazado á Narbonne, era joven, dócil é inexperto; Dumouriez consiguió sin dificultad dominarlos, y tuvo así en sus manos la dirección de los asuntos del Estado y de la administración militar, es decir, las causas y la organización de la guerra. No faltaba más que esto á un hombre de genio tan emprendedor; apenas llegado al ministerio, Dumouriez se caló el gorro encarnado entre los jacobinos, adorno nuevo tomado de los frigios, que había llegado á ser emblema de la libertad, y prometiéndoles gobernar por ellos y para ellos. Presentado á Luis XVI, tranquilizóle respecto á su conducta con los jacobinos, desvaneciendo las preveniciones que ésta le había inspirado; y tuvo la habilidad de conmovertle con sus demostraciones de afecto, disipando la sombría tristeza del rey con las agudezas de su ingenio. Convencióle de que no buscaba la popularidad sino en provecho del trono y para consolidarle; mas á pesar de toda su deferencia, tuvo cuidado de dar á entender al rey que la Constitución era inevitable, si bien hizo lo posible por consolarle un poco, procurando demostrar que un monarca podía ser aún poderoso con ella.

Las primeras comunicaciones y despachos de Dumouriez á las potencias, notables por su estilo enérgico y su admirable criterio, cambiaron la naturaleza de las negociaciones, contribuyendo á que Francia tomara una nueva actitud, aunque también á que fuese la guerra inminente. Natural era que Dumouriez la deseara, puesto que era su fuerte, y atendido que había consagrado treinta y seis años de su vida al estudio de este gran arte; pero preciso es reconocer también que la conducta del gabinete de Viena y la irritación de la Asamblea la hicieron inevitable. Por su conducta con los jacobinos y sus conocidas alianzas con la Gironda, Dumouriez se debía indisponer con los fuldenses, aunque sin tener contra ellos prevención alguna, puesto que los destronaba de hecho; y así es que estuvo en constante oposición con todos los jefes de este partido. Arrostrando por lo demás sus burlas y desdenes contra los jacobinos y la Asamblea, resolvió proseguir su marcha con la serenidad de costumbre.

Era preciso completar el gabinete, y al efecto se consultó á Petión, Gensonné y Brissot sobre la elección que debía hacerse. Según la ley, el nombramiento no podía recaer en individuos de la Asamblea actual ni la precedente; de modo que era muy reducido el círculo en que se podía elegir. Dumouriez propuso para la Marina á Lacoste, antiguo empleado de este ministerio, laborioso y experto, y obstinado patriota, lo cual no impidió que cobrase afecto al rey y fuera apreciado, siendo uno de los que más tiempo permanecieron junto al monarca. Se trataba de confiar el ministerio de Justicia al joven Louvet, quien se había distinguido recientemente en los jacobinos, obteniendo el favor de la Gironda después de apoyar la opinión de Brissot en favor de la guerra; pero el envidioso Robespierre le mandó denunciar al punto. Louvet se justificó completamente; mas no queriéndose un hombre cuya popularidad se pudiera poner en duda, llamóse á Duranthón, abogado de Burdeos, hombre de cierta ilustración y de reconocida rectitud, pero de carácter débil. Faltaba todavía nombrar los ministros de Hacienda y de Gobernación: la Gironda propuso á Claviere, que se había distinguido por sus escritos sobre

cuestiones financieras; dotado de claro talento, y gran pensador, Claviere era también sumamente laborioso y activo: del ministerio de la Gobernación, Roland, en otro tiempo inspector de fábricas, conocido por sus buenos escritos sobre la industria y las artes mecánicas. Este hombre, con sus costumbres austeras, sus inflexibles doctrinas, y su aspecto de frialdad y dureza, cedía sin sospecharlo al ascendiente superior de su esposa, madama Roland, á la vez joven y bonita. Entregada en su retiro á las ideas filosóficas y republicanas, había concebido pensamientos superiores á su sexo, imponiéndose como una religión severa los principios que entonces reinaban. Viviendo con su esposo en la más íntima amistad, prestábale su pluma, le comunicaba una parte de su viveza y su entusiasmo, no sólo á él, sino á todos los girondinos que, amantes de la libertad y de la filosofía, adoraban en ella la hermosura, el talento y sus propias opiniones.

El nuevo ministerio reunía suficientes condiciones para prosperar; mas era necesario que no desagradase mucho á Luis XVI, y que éste mantuviera su alianza con la Gironda. Entonces podría llenar su misión, aunque era de temer que todo se perdiera el día en que la incompatibilidad de los partidos se agregase á las faltas de los hombres, lo cual no podía menos de suceder muy pronto. Admirado Luis XVI de la actividad de sus ministros, de sus buenas intenciones y de su talento para el despacho de los asuntos, quedó al pronto muy complacido; y agradáronle sobre todo las reformas económicas, pues siempre le habían gustado las mejoras que no exigen ningún sacrificio de parte de los príncipes ni del poder. Si hubiera podido estar siempre tranquilo como entonces, olvidando á los cortesanos, habría sido verdadera la Constitución sin dificultad. Dijo así varias veces con la mayor franqueza á los ministros, y consiguió convencer á los más incrédulos, que eran Roland y Claviere; de modo que la persuasión fué completa por una y otra parte. La Gironda, que sólo era republicana por desconfianza al rey, dejó de serlo entonces, y Vergniaud, Gensonné y Guadet entablaron correspondencia con Luis XVI, lo cual fué más tarde para ellos un motivo de acusación. La inflexible esposa de Roland era la única que dudaba, y contenía á sus amigos, demasiado fáciles de convencer en su concepto. El motivo de su desconfianza era natural; explicábase por el hecho mismo de no ver al rey, al paso que los ministros conversaban con él diariamente. Cuando los hombres honrados se tratan, inspíranse mutuamente confianza; pero ésta no podía ser duradera, porque inevitables cuestiones debían hacer resaltar toda la diferencia de sus opiniones.

Los cortesanos procuraban poner algún tanto en ridículo la sencillez algo republicana del nuevo ministerio, y la salvaje rudeza de Roland, que se presentaba en palacio sin hebillas en los zapatos. Dumouriez devolvía los sarcasmos, y mezclando sus chistes con el trabajo más asiduo, divertía al rey, seducíale con su ingenio, y acaso le convenía también mejor que los demás por la flexibilidad de sus opiniones. En cuanto á la reina, observando que de todos sus colegas era quien tenía más influencia en el ánimo del monarca, quiso verle. En sus Memorias nos ha conservado la singular conversación que medió entre los dos, y que retrata las agitaciones de

aquella infortunada princesa, digna de otro reinado, de otros amigos y de mejor suerte.

Introducido en la cámara de la reina, encontró á esta sola; tenía el rostro muy encendido, y paseábase á largos pasos, con una agitación que indicaba que el diálogo iba á ser muy acalorado. Dumouriez fué á situarse junto á la estufa, dolorosamente afectado por la suerte de aquella princesa y las terribles impresiones que experimentaba. La reina se acercó á él con aire majestuoso é irritado, y le dijo: «Caballero, en este momento sois poderoso; pero lo debéis al favor del pueblo que rompe muy pronto sus ídolos. Vuestra existencia depende de vuestra conducta: dícese que tenéis mucho talento, y si es así, debéis comprender que ni el rey ni yo podemos tolerar todas estas innovaciones, ni tampoco la Constitución. Os lo digo francamente; tomad, pues, vuestro partido.»

«Señora, contestó Dumouriez; mucho siento que Vuestra Majestad me haga tan triste confianza: yo no la descubriré; pero estoy entre el rey y la nación y perteneces á mi patria. Permitidme haceros presente que la salvación del rey, la vuestra y la de vuestros augustos hijos depende de la Constitución, así como también el restablecimiento de su autoridad legítima. Os serviría mal, y á él también, si os hablase de distinto modo. Ambos estáis fodeados de enemigos que os sacrifican á su propio interés: si la Constitución llega á estar en vigor, lejos de ser la desgracia del rey, labrará su felicidad y su gloria; y es preciso que él coadyuve á establecerla sólida y prontamente.»

La infortunada reina, admirada de que Dumouriez rebatiese sus ideas, le dijo con acento de cólera: «Esto no durará; cuidado con lo que hacéis.»

—Señora, repuso Dumouriez con modesta firmeza, paso ya de los cincuenta años; durante mi vida me han rodeado muchos peligros, y al encargarme del ministerio, parecióme que la responsabilidad no era el menor de ellos.

—No me faltaba más, exclamó la reina con acento de profundo dolor, sino que me calumniarais! Y así diciendo prorrumpió en amargo llanto.

Conmovido Dumouriez tanto como la reina, repuso: «¡Dios me libre de inferiros tan cruel injuria! El carácter de V. M. es magnánimo y noble, y de ello ha dado heroicas pruebas, que excitaron mi admiración y afecto.» Calmóse la reina al oír tales palabras, y como se acercase al ministro, añadió éste: «Creedme, señora, no tengo el menor interés en engañaros, y aborrezco tanto como vos la anarquía y los crímenes; creedme, tengo mucha experiencia, y estoy mejor colocado que V. M. para juzgar de los sucesos. Esto no es un movimiento popular momentáneo, como al parecer suponéis; es el pronunciamiento casi unánime de una gran nación contra inveterados abusos. Poderosas facciones atizan este incendio, y hay en todas ellas bribones y locos. Yo no considero en la revolución más que al rey y la nación entera; todo cuanto tiende á separarlos conduce á su mutua ruina; trabajo cuanto puedo para reunirlos, y á vos toca ayudarme. Si soy un obstáculo á vuestros designios, si persistís en vuestra idea, decídmelo así, y presentaré acto continuo mi dimisión al rey, para ir á llorar en un rincón la suerte de mi patria y la vuestra.»

El final de esta conversación acabó de infundir com-

pleta confianza á la reina; y continuando su diálogo con el ministro, éste enumeró las faltas y crímenes de todas las facciones, probándola que aun en su mismo palacio la vendían, según era fácil colegir de ciertas confidencias íntimas. La princesa pareció al fin del todo vencida, y se despidió del ministro con rostro sereno y afabilidad. La reina procedía de buena fe; pero los que la rodeaban, y los horribles excesos de las publicaciones de Marat y de los jacobinos, volvieron á inspirarla sus funestas resoluciones.

Otro día dirigióse también á Dumouriez y le dijo: «Ya veis cuán afligida estoy; no oso acercarme á la ventana que da al jardín; ayer tarde me asomé á la del patio para tomar un poco el aire, y el artillero que estaba de guardia, después de apostrofarme con una grosera injuria, añadió: «¡Cuánto me complacería ver tu cabeza en la punta de mi bayoneta!» En este espantoso jardín se ve por una parte á un hombre que, subido en una silla, lee en alta voz horrores contra nosotros; y por la otra algún abate á quien arrastran hasta el estanque, agobiándole de injurias y golpes; mientras que más allá juegan otros á la pelota ó se pasean tranquilamente. ¡Qué morada! ¡Qué pueblo!» (*Memorias de Dumouriez*, lib. III, cap. IV.)

Resulta, pues, que por una especie de fatalidad, las supuestas intenciones de los habitantes del palacio excitaban la desconfianza y el furor del pueblo, mientras que los gritos de éste aumentaban el pesar y las imprudencias de la corte; de modo que reinaba la desesperación por fuera y por dentro. Pero ¿por qué, se preguntan algunos, no ponía término á tantos males una franca explicación? ¿Por qué no comprendía la corte los temores del pueblo? ¿Por qué el pueblo no comprendió las penas de aquélla? Preguntemos de una vez: ¿por qué los hombres son hombres?... Á esto es preciso callar, someterse, resignarse á la naturaleza humana y proseguir este triste relato.

Leopoldo II había muerto, lo cual era tanto más de sentir porque las pacíficas miras de este príncipe convenían para la tranquilidad de Europa, no pudiendo esperarse la misma moderación de su sucesor y sobrino, el rey de Bohemia y de Hungría. Gustavo, rey de Suecia, acababa de ser asesinado en medio de una fiesta, y los enemigos de los jacobinos atribuían á éstos aquella muerte; pero se probó hasta la evidencia que el crimen fué cometido por la nobleza, á la cual había humillado Gustavo en la última revolución. Vemos, pues, que los nobles, que deploraban en Francia los furores revolucionarios del pueblo, daban en el Norte un ejemplo de lo que en otro tiempo habían sido, y de lo que eran aún en los países donde menos había progresado la civilización. ¡Qué ejemplo y qué lección para Luis XVI si hubiera podido comprenderla en aquel instante! La muerte de Gustavo frustró la empresa que proyectaba contra Francia, empresa para la cual debía facilitar Catalina soldados, y España dinero. Sin embargo, dudoso es que la pérdida emperatriz hubiera cumplido lo que prometió, y la muerte de Gustavo, cuyas consecuencias se exageraron, no fué en realidad un acontecimiento de importancia. Delessart había sido encausado por la tibieza de sus comunicaciones; pero no estaba en los intereses de Dumouriez, ni convenía tampoco á su carácter, tratar tímidamente con las potencias. Sus últimas comunica-

ciones habían satisfecho al parecer á Luis XVI por su dignidad y su firmeza; pero Mr. de Noailles, embajador en Viena, y servidor poco sincero, envió su dimisión á Dumouriez, diciendo que no creía que el jefe del imperio quisiera escuchar el lenguaje que se le dictaba. Dumouriez se apresuró á poner el hecho en conocimiento de la Asamblea, que, indignada al saber la dimisión, comenzó á instruir causa contra el embajador, enviando otro en su lugar con nuevos despachos. Dos días después, sin embargo, arrepentido Noailles de haberse retirado, remitió la respuesta categórica de la corte de Viena. Esta nota de Mr. de Cobentzel se debe considerar como una de las faltas más impolíticas que haya podido cometer potencia alguna. Mr. de Cobentzel exigía, en nombre de su corte, el restablecimiento de la monarquía francesa, bajo las bases establecidas por la real declaración de 23 de junio de 1789. Esto era imponer el restablecimiento de las tres clases, la restitución de los bienes del clero, y la del condado Venesino al papa. El ministro austriaco pedía además la restitución á los príncipes del imperio de las tierras de Alsacia con todos sus derechos feudales. Preciso era no conocer á Francia sino por las pasiones de Coblenza para proponer semejantes condiciones: equivalía á exigir á la vez que se anulase la Constitución jurada por el rey y la nación, á revocar la gran providencia dictada respecto á Aviñón, y, por último, á declararse en quiebra por la restitución de los bienes del clero, ya vendidos. Prescindiendo de esto, ¿con qué derecho intervenir en nuestros asuntos? ¿Qué motivo de queja podía invocarse para los príncipes de Alsacia, puesto que sus tierras estaban enclavadas en la soberanía francesa, y debían por lo tanto someterse á sus leyes?

La primera diligencia del rey y de Dumouriez fué presentarse á la Asamblea para darle conocimiento de esta nota; su contenido la indignó, como debía esperarse, y elevóse un grito general pidiendo la guerra. Dumouriez no dijo á la Asamblea entonces que Austria, á la cual había amenazado con una nueva revolución en Lieja, acababa de enviar un agente para que tratase de este asunto con el ministro; que su lenguaje era muy distinto del que empleaba el gabinete austriaco; y que evidentemente era la última nota el efecto de una resolución repentina, sugerida de pronto. La Asamblea retiró el decreto de acusación contra Noailles, exigiendo un pronto informe.

El rey no podía retroceder ya; por fin iba á declararse aquella guerra fatal, que en ningún caso convendría á sus intereses. Si vencían los franceses llegarían á ser más exigentes é inexorables respecto á la observancia de la nueva ley; y si quedaban derrotados, culparían al gobierno acusándole de haber dirigido mal la guerra. Luis XVI comprendía perfectamente este doble peligro, y aquella resolución fué una de las que más le costaron. Dumouriez redactó el informe con su acostumbrada diligencia y le presentó al rey, quien le tuvo en su poder tres días. La cuestión era saber si el monarca, obligado á tomar la iniciativa en la Asamblea, la invitaría á declarar la guerra, ó se limitaría sólo á consultarla sobre este punto, anunciándole que, según las órdenes comunicadas, Francia se *hallaba en estado de guerra*. Los ministros Roland y Claviere opinaban por lo primero, así como también los oradores de la Gironda,

quienes querían dictar el discurso del trono. Á Luis XVI le repugnaba declarar la guerra; prefería *declarar el estado de guerra*; la diferencia era de poca importancia, pero preferíala su corazón. Bien se podía tener tal condescendencia, atendida la situación del rey; y así es que Dumouriez, sin escuchar á ninguno de los ministros, y apoyado sólo por Degraives, Lacoste y Duranthon, hizo que prevaleciese el parecer del monarca. Esta fué su primera desavenencia con la Gironda.

Luis XVI compuso él mismo su discurso, y se presentó á la Asamblea el 20 de abril, seguido de todos sus ministros. Una considerable afluencia de espectadores comunicaba un carácter más imponente á aquella sesión en que se iba á decidir de la suerte de Francia y de Europa. En las facciones del rey, muy demudadas, reconocíase su profunda preocupación. Dumouriez leyó un detallado informe de las negociaciones de Francia con el imperio; demostró que el tratado de 1756 quedaba anulado de hecho, y que, según el ultimátum, Francia se *hallaba en estado de guerra*. Añadió que el rey, no teniendo más vía legal que la *proposición formal de guerra para consultar á la Asamblea*, se resignaba á consultarla por este medio. Luis XVI, tomando entonces la palabra con dignidad, aunque no sin cierta alteración en la voz, pronunció el siguiente discurso:

«Señores: acabáis de oír cuál ha sido el resultado de las negociaciones que he seguido con la corte de Viena; las conclusiones del informe han sido el parecer unánime de mi consejo, y yo mismo las he adoptado porque están conformes con el deseo que me manifestó varias veces la Asamblea Nacional, y con los sentimientos que me han expresado muchos ciudadanos de diversos puntos del reino. Todos prefieren la guerra, antes que ver ultrajada por más tiempo la dignidad del pueblo francés y comprometida la seguridad nacional.

»He debido apurar ante todo cuantos medios estaban á mi alcance para conservar la paz. En cumplimiento de lo que previene la Constitución, hoy me presento para proponer á la Asamblea Nacional la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.»

Esta proposición fué muy bien acogida, y por todas partes resonaron los gritos de *viva el rey!* La Asamblea contestó á Luis XVI que iba á deliberar, y que por medio de un mensaje pondría en su conocimiento el resultado. Entonces comenzó un debate de los más bochornosos, que se prolongó hasta muy entrada la noche. Repitieron las razones que ya conocemos en pro y en contra, y al fin fué aprobado el decreto y se resolvió la guerra por una gran mayoría.

«Considerando, decía la Asamblea, que la corte de Viena no ha dejado de proteger abiertamente á los franceses con menosprecio de los tratados, promoviendo y formando una liga con varias potencias de Europa contra la independencia y seguridad de la nación francesa;

»Que Francisco I, rey de Hungría y de Bohemia (1), ha rehusado renunciar á esta liga, según se desprende de sus notas del 18 de marzo y 7 de abril últimos;

»Que, á pesar de la proposición contenida en la nota del 11 de marzo de 1792, para que en todos los puntos de la frontera redujese al estado de paz á las tropas, ha seguido aumentando sus preparativos hostiles;

(1) Francisco I no había sido aún electo emperador.

»Que ha atentado formalmente contra la soberanía de la nación francesa, declarando que sostendrá las pretensiones de los príncipes alemanes establecidos en Francia, á quienes la nación ha ofrecido continuamente indemnizaciones;

»Que ha tratado de introducir divisiones entre los ciudadanos franceses, armando á unos contra otros, y ofreciendo á los descontentos un apoyo en la liga de las potencias;

»Y considerando, en fin, que por el hecho de negarse á contestar á los últimos despachos del rey de los franceses, no deja esperanza alguna de obtener, por medio de una negociación amistosa, la reparación de los agravios, lo cual equivale á una declaración de guerra, etc., la Asamblea declara que es urgente.»

Preciso es reconocer que esta guerra cruel, que durante tanto tiempo asoló á Europa, no fué promovida por Francia, sino por las potencias extranjeras; y que al declararla esta nación, no hizo más que reconocer por un decreto la situación en que la habían colocado. A Condorcet fué á quien se encargó redactar un manifiesto sobre los motivos que tenía la nación para proceder así, y lo hizo en un escrito que la historia debe conservar como precioso modelo de razón y de templanza.

La noticia de la guerra causó general alegría. Los patriotas veían en ella el término de los temores que les causaban la emigración y la incierta conducta del rey; los moderados, inquietos sobre todo por el peligro que ofrecían las divisiones, esperaban que el peligro común acabaría con ellas, y que los campos de batalla absorberían todos aquellos hombres turbulentos, nacidos de la revolución. Sólo algunos fuldenses, muy inclinados á ver desaciertos en la Asamblea, censurabanla de haber violado la Constitución, según la cual no debía ser Francia jamás agresora; pero harto evidente era en este caso que la nación no podría considerarse como tal. Así, pues, prescindiendo del rey y de algunos descontentos, la guerra satisfacía el deseo de todos.

Lafayette se dispuso á servir valerosamente á su país en aquella nueva carrera, siendo él quien estaba particularmente encargado de la ejecución del plan concebido por Dumouriez, y ordenado en apariencia por Degraives. Dumouriez se había lisonjeado con motivo de que la invasión de Bélgica sería muy fácil, y así lo hizo esperar á todos los patriotas. Este país, recientemente agitado por una revolución reprimida por Austria, debía estar dispuesto á sublevarse apenas apareciesen los franceses; y entonces se realizarían aquellas palabras de la Asamblea á los soberanos: *Si nos enviáis la guerra, os enviaremos la libertad*. Por otra parte, esta era la ejecución del plan concebido por Dumouriez, que consistía en extenderse hasta las fronteras naturales. Rochambeau mandaba el ejército que más próximo estaba á entrar en acción; pero no podía hacerlo á causa de su estado enfermizo, y sobre todo porque era menos capaz que Lafayette para emprender una invasión militar á la vez que popular. Hubiérase deseado confiar á este último jefe el mando general; pero Du-

mouriez se opuso, sin duda por malevolencia, alegando como razón que en presencia de un mariscal no se debía dar el mando en jefe de la expedición á un simple general. Dijo además, y esta razón era menos mala, que Lafayette parecía sospechoso para los jacobinos y la Asamblea. Cierto que, siendo joven y activo, y el único entre todos los generales que se granjeaba el cariño de su ejército, inquietaba á los más exaltados, dando lugar con su influencia á las calumnias de los malévolos. Como quiera que sea, ofrecióse de buen grado para ejecutar el plan del ministro diplomático y militar á la vez, pidiendo cincuenta mil hombres, con los cuales propuso marchar por Namur y el Mosa hasta Lieja, donde debía hacerse dueño de los Países Bajos. Este plan, muy bien entendido, fué aprobado por Dumouriez, porque, en efecto, haciendo sólo algunos días que se había declarado la guerra, Austria no había tenido tiempo de cubrir sus posiciones de Bélgica, pareciendo así asegurado el éxito. En su consecuencia, Lafayette recibió orden de dirigirse desde luego con diez mil hombres desde Givet á Namur, y desde este punto á Lieja ó Bruselas, debiendo seguirle inmediatamente todo su ejército. Mientras practicaba este movimiento, el teniente general Birón marcharía para Valenciennes, dirigiéndose luego sobre Mons. Otro jefe recibió orden de marchar sobre Tournai, á fin de ocuparle repentinamente. Estos movimientos, practicados por oficiales de Rochambeau, no tenían más objeto que el de apoyar y encubrir el verdadero ataque confiado á Lafayette.

Este plan debía efectuarse desde el 20 de abril al 2 de mayo. Birón emprendió la marcha, salió de Valenciennes, apoderóse de Quiervain, y encontró algunos destacamentos enemigos cerca de Mons. De repente, dos regimientos de dragones, que ni siquiera habían visto al enemigo, comienzan á gritar: *¡Nos han vendido!* y emprenden la fuga arrastrando en pos todo el ejército. En vano tratan de contenerles los oficiales, amenazando hacer fuego; nada les detiene en su fuga; y abandonando el campo, todos los efectos militares caen en poder de los imperiales. Mientras sucedía esto en Mons, Teobaldo Dillón, siguiendo sus instrucciones, sale de Lila con dos mil hombres de infantería y mil caballos; á la misma hora en que ocurría el desastre de Birón, la caballería se repliega al divisar algunas tropas austriacas, gritando *¡traición!* y llevándose consigo la infantería; de modo que todos los bagajes quedaron también esta vez en poder del enemigo. Teobaldo Dillón y un oficial de ingenieros llamado Berthois son asesinados por la tropa y por el pueblo de Lila, que les acusan de traidores. Entretanto, Lafayette, advertido demasiado tarde, se había trasladado de Metz á Givet á costa de infinitas fatigas, por caminos casi impracticables, debiendo sólo al ardimiento de sus tropas el haber franqueado en tan corto intervalo el considerable trayecto que debía recorrer; pero al recibir noticia del desastre de los oficiales de Rochambeau, creyó necesario detenerse. Estos desagradables acontecimientos ocurrieron en los últimos días de abril de 1792.